

# Tabla de contenido

Disfruta la lectura.....	
1. Selva y Deseo en Chiapas .....	1
2. El príncipe encantador .....	9
3. El turno nocturno .....	19
4. Poses prohibidas .....	29
5. Los tres cuartos .....	39
6. Recuerdo de Mexico .....	49
7. Rallye muy sexy .....	59
8. Alta traición .....	73
9. La jaula .....	85
10. El precio del silencio .....	107
11. Tormenta bajo los trópicos .....	115
12. On Business .....	129
13. Los riesgos del oficio .....	143
14. Mi lado zorra .....	155
15. La deuda (Nyotaimori).....	175

## 2. El príncipe encantador

— *Por Antoine Vargas*

Rechacé que viniera por mí a casa. Prefiero mantener mi dirección en secreto para la primera cita. Es una cuestión de seguridad, pero también de control. Tomo un taxi, vestida con un vestido clásico, el más elegante que tengo. Debajo, sólo llevo un hermoso par de medias de encaje, sujetadas por un liguero negro y discreto. Un toque íntimo, confidencial. Intuyo que le gustará la sorpresa.

Mis tacones de charol reflejan la luz de los faroles mientras el coche se desliza por las calles animadas. Siento un leve escalofrío de emoción, mezclado con una tensión suave, casi sensual. Llego justo a tiempo. Un BMW gris metálico me espera en el punto acordado, tal como él lo describió.

Abro la puerta y me deslizo dentro. El interior huele a perfume masculino, uno que reconozco casi de inmediato — probablemente un Versace amaderado, elegante, equilibrado. Tomás ha aplicado la dosis justa para despertar mis sentidos, sin excesos. Ya eso me dice mucho. La mayoría de los hombres se ponen demasiado, como si intentaran cubrir sus inseguridades con una nube artificial. Él no.

Desde el primer momento, Tomás transmite una calma imponente. Lleva un traje a la medida, sencillo y perfectamente entallado; el reloj fino en su muñeca brilla discretamente en la penumbra. Tiene

la postura de alguien que lidera sin alzar la voz. Claramente, un alto ejecutivo. Todo en él exhala éxito sereno: su lenguaje corporal, su dicción precisa, su soltura natural.

Me recibe con una sonrisa franca, casi tierna, y de inmediato noto la calidez en su mirada. Me pregunta si encontré bien el lugar, cómo estoy, sin parecer distraído. Me escucha de verdad. Y yo... también lo escucho. Lo observo mientras habla, sus gestos medidos, sus palabras elegidas, y una parte de mí se enternece. Me gustan los hombres así. Cultos. Seguros de sí mismos sin caer en la arrogancia.

Sonrío. Asiento. Puntúo sus frases con pequeños movimientos de cabeza. Lo dejo hablar de su trabajo, de sus responsabilidades, de sus viajes de negocios. Y mientras lo escucho, me mantengo alerta. Es encantador, sí. Tal vez demasiado encantador. Siento en mí el deseo de rendirme a su voz, a su mirada, a esa manera que tiene de hacerme sentir cómoda sin esfuerzo.

Pero recuerdo por qué estoy aquí. Y sobre todo, no tengo prisa. Dejar que la tensión crezca... eso es lo que hace que estos encuentros valgan la pena.

Tomás entrega las llaves al valet con seguridad, con un simple gesto de cabeza, sin alardes. Me ofrece la mano y me guía hacia el interior del restaurante. Todo en él transmite calma y control. El calor de su palma, suave y firme a la vez, me envuelve como una promesa.

Antes de que el maître diga una sola palabra, Tomás pide los aperitivos. Mi favorito. Exactamente. Ese detalle que apenas mencioné, de paso, durante una de nuestras conversaciones nocturnas. No lo olvidó. Ese tipo de atenciones me conmueve más de lo que él imagina. Es galante, sí, pero también atento, preciso. Quiere complacerme — y sabe cómo hacerlo.

Habla con elegancia, sin presumir. Sabe contar su historia, sin revelarlo todo. Me da espacio, me hace preguntas, pero sin invadir. Percibe lo que elijo mostrarle y no intenta forzar las puertas aún cerradas. Lo veo detenerse justo antes de cruzar el límite, con una habilidad casi inquietante. Eso me seduce más de lo que quiero admitir.

Observo sus gestos. Su forma de llevar la copa a los labios. Su mirada, concentrada, cuando prueba un platillo. Y sus manos. Largas, finas, reposadas, seguras. Se mueven con gracia, casi con contención. Y, sin embargo, no puedo evitar imaginarlas entre mis muslos, explorando mi piel como degusta ese queso curado... Lentamente. Delicadamente. A fondo.

Usualmente, en una primera cita me dejo llevar un poco. El alcohol ayuda a suavizar los bordes, a disipar los miedos, a acelerar las cosas. Pero esta noche no lo deseo. Tomás no me apura. Me respeta. Me mira como si fuera una obra que contempla con paciencia, sin buscar poseerla demasiado rápido.

Está por pedir una segunda botella — un Brunello raro, un Castello del Terriccio 2001. Un vino sublime, como él. Pero lo detengo suavemente, con la mano sobre su brazo.

— No... Prefiero estar bien despierta para... terminar bien la noche —le digo, mirándolo a los ojos.

Se instala un silencio cómplice. Él sonríe. Incluso el camarero esboza una sonrisa mientras deja un plato de quesos curados y dos copas de Oporto. La atmósfera es tenue, casi íntima, incluso en el corazón del restaurante. La tensión está ahí, suspendida, pero nunca incómoda. Tomás se toma su tiempo. Y descubro que eso me encanta.

Después de compartir algunos bocados, nos levantamos. Él paga la cuenta sin parpadear, luego me ofrece la mano otra vez. Vamos hacia el lobby. Espero que se lance directo al elevador, ávido, impaciente. Pero no. Se queda a distancia. Apoyado contra la pared, brazos cruzados. Me observa.

— Estás preciosa, Elisa.

Me lo han dicho muchas veces. Demasiadas, quizás. Pero esta vez... es distinto. En su voz, no es una frase hecha. No es una estrategia. Es una ofrenda. Y la recibo como tal. Su mirada sobre mí es suave, casi respetuosa. Y, sin embargo, siento que me desea profundamente. Esa es la sutileza. No me devora. Me saborea con los ojos.

Normalmente, soy yo quien lleva el control. Yo soy la que hace girar las cabezas, quien marca el ritmo, las miradas, los gestos, los silencios. Yo juego con los nervios y las expectativas.

Pero esta vez... es diferente.

Tomás me desestabiliza. Sin humillarme. Sin dominarme. Justo lo suficiente para que quiera gustarle. De verdad. Quiero que me vea hermosa. Quiero que desee descubrirme. Desearme. Tomarme... pero sólo cuando yo lo decida.

Me acerco lentamente. Muy lentamente. Él no se mueve. Ni un centímetro. Espera. Me deja elegir el momento.

Apoyo mis manos sobre su cintura. Me toma enseguida, con una firmeza sorprendentemente suave. Nuestros cuerpos casi no se tocan, pero la electricidad entre nosotros es real, vibrante.

Dejo un beso en la comisura de su boca. Ligero. Aéreo. Como una invitación.

Y me alejo, apenas. Lo suficiente para que entienda: esta noche, aún no es un sí. Pero va por buen camino.

Él responde con la misma delicadeza, posando los labios sobre mi cuello, luego en mi mejilla. Sus manos curiosas bajan por mis caderas, resbalan por mi muslo... y descubren que no llevo ropa interior. Levanta lentamente mi vestido, sus dedos acariciando todo el largo de mi pierna hasta confirmar que mi sexo respira, libre.

Al llegar al piso, me toma suavemente de la mano y me guía hacia su habitación. La suite es magnífica. Lujosa, amplia, bañada en una luz dorada y tenue. Debió costarle una fortuna. Hablando de traseros, el mío vuelve a quedar al descubierto mientras Tomás me besa y desabrocha la cremallera de mi vestido.

En un parpadeo, estoy casi desnuda frente a él. Sólo me quedan los tacones y las medias. Tomás da un par de pasos hacia atrás, tomándose el tiempo para admirarme. Su mirada se ilumina, intensa, hambrienta. Me encanta esa manera que tiene de desnudarme con los ojos. Sin decir una palabra, camino hacia la recámara. Abro las puertas francesas y me siento en la cama, con las piernas cruzadas.

Un silencio absoluto reina en la suite. Ni una palabra. Sin música. Nada más que nosotros y esa tensión palpable flotando en el aire. Él se acerca, lentamente. Se detiene justo frente a mí. Mi rostro queda a la altura de su cinturón. Puedo ver claramente el bulto en su pantalón, su miembro ya bien despierto.

Me inclino, abro los labios suavemente y empiezo a morderlo a través de la tela. Siento cómo se endurece aún más bajo mi boca. Busco desabrocharle el pantalón, pero él me detiene.

Toma mis manos, firme pero sin brusquedad. Luego me recuesta delicadamente sobre la cama. Abre mis muslos con dulzura, se acomoda entre ellos. Sus manos se deslizan por mi abdomen, lentas, llenas de ternura. La garganta se me cierra. Esa suavidad me conmueve más de lo que quiero mostrar. Me desconcierta. Me cuesta recibir tanta delicadeza.

Desabrocha los ligeros de mis medias y las desliza lentamente hasta mis tobillos. Luego, con el mismo cuidado, me quita los tacones y lleva uno de mis pies a su boca. Besa cada dedo, luego recorre el empeine, salpicando mi piel con besos ardientes.

Sus labios suben, recorren la pierna con un vaivén de caricias y roces. Entre mis muslos, una calidez viva late, irresistible. Quiero que me bese ahí, ya, que pose su boca sobre mi sexo en llamas. Aprieto con fuerza las sábanas mientras roza mis labios mayores sin tocarlos. Sopla suavemente sobre mi vulva. Ese soplo, lejos de calmarme, aviva aún más el incendio.

Me consumo literalmente sobre la cama. Ni siquiera me ha tocado. Sus manos exploran mis costillas, suben a mis pechos, acariciando mis senos pequeños cuyas puntas, duras, buscan desesperadamente el contacto. Le pertenezco. Cuerpo y alma. Ya no tengo control. Mi cuerpo no responde a mi voluntad. Haría lo que fuera por sentir sus caricias. Lo suplicaría. Me rendiría. Me ofrecería.